

ALEAGUARA

Alberto
Ruy Sánchez

Los sueños
de la serpiente



Alberto
Ruy Sánchez

Los sueños
de la serpiente

ALFAGUARA



Esta novela fue escrita gracias al apoyo otorgado por el Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Los sueños de la serpiente

Primera edición: septiembre de 2017
D. R. © 2017, Alberto Ruy Sánchez

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. ©
Página 23: *Luzbel, una realidad.*
Collage de África Samperio Valdez.
Taller las Linternas de Santa Martha Acatitla.
Colección de Alberto Ruy Sánchez.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada
de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores
y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta
obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares
mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro
(Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-315-727-8

Impreso en México – *Printed in Mexico*

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente
de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando
una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para Margarita,
por los espejismos
compartidos*



I. DE LOS PÁRPADOS DEL MUERTO



1. La araña sagrada

Los ausentes soplan
y la noche es densa.
La noche tiene el color
de los párpados del muerto.
Toda la noche hago la noche.
Toda la noche escribo.
Palabra por palabra
yo escribo la noche.

ALEJANDRA PIZARNIK

¿Quién era esa persona que insistió en contarme al oído su viaje al fondo de lo más oscuro del siglo? ¿Shajarazad de ilusiones perdidas? La respuesta me llegó muy poco a poco y nunca totalmente fuera de su bruma.

Lo que me enviaba estaba escrito desde la neblina del creyente, del enamorado, del ciego y sordo que todo lo oye y todo lo ve sin verlo, del que es tenaz en su deseo, del que cuenta los sueños que dibujan la orilla de su cuerpo, del que por azar regresó del infierno.

Conservo los principales desvaríos porque incluso si parecen alejarse, tarde o temprano confluyen en el mismo río nocturno donde todos nos bañamos, de donde todos bebemos. El río de las ilusiones del siglo que saben convertirse en algo amargo.

Conservo también las hojas sueltas con citas de poemas que me envió, algunos más enigmáticos que otros, como ese de Alejandra Pizarnik, una de sus lecturas preferidas. Es una descripción de los

indicios deshilados que estas cartas ofrecen y a la vez la clave primordial del modo de leerlas:

“Te alejas de los nombres que hilan el silencio de las cosas”.

Trataré aquí de desafiar el silencio de las cosas y restituir poco a poco, y en la medida de lo posible, los nombres involucrados en esta historia. Lo que de ella sobrevive.

Quien ama ciegamente el tiempo que le tocó vivir, y lo ama hasta la locura, vive necesariamente una aventura que lleva al borde del abismo. Escucha ahí, con placer y misterio, sin ataduras, la música de las promesas del abismo.

Dejaré que sus palabras aquí y hasta su escritura nos vayan indicando a tumbos el camino.



Hoy de nuevo me despertó en medio de la noche el sueño de la serpiente dormida. Al oír mis pasos abrió de golpe los ojos regresando de su larga hibernación. Los abrió tan ampliamente que llenaban todo el cuarto. Sus pupilas alargadas me seguían sin soltarme. Dejé de moverme y traté de dar un paso hacia atrás cuando sus ojos, fijos en mí, me lo impidieron.

Me había hecho su prisionero.

Yo no podía saber si ella estaba llena de miedo y al tratar de alejarme disminuiría el peligro de su agresión o, todo lo contrario, al moverme su instinto cazador vendría tras de mí en uno de esos saltos que son como relámpagos implacables.

Tampoco sabía si la brusquedad de mi presencia en sus ojos la habían puesto de mal humor o qué tipo de pasión animal despertaba en ella.

Nuestras miradas se ataron en un instante que me pareció una condena eterna.

Yo sabía, o creía saber en mi sueño, que las serpientes con ojos de pupilas alargadas suelen ser muy venenosas, a diferencia de las que tienen pupilas redondas. Y en ésta, de pronto, la pupila redonda donde se reflejaba mi cara se fue volviendo alargada y aguda, como colmillos negros con mi rostro deformado adentro.

Entonces, en mi sueño, me daba cuenta de que la serpiente no sabía que ella había despertado y pensaba que yo era parte de su sueño. Del sueño de la serpiente.



Esa fue la primera tarjeta postal que me llegó de aquella persona que al principio me escondía su cara y su nombre pero que insistía en contarme algo más íntimo, sus sueños. Y poco a poco iría contándome mucho más de lo que yo hubiera imaginado siquiera posible.

No es extraño que alguien desarrolle el deseo de compartir con escritores su intimidad y esconda su identidad. Durante muchos años yo mismo pedí que muchas mujeres y algunos hombres me contaran su mundo de anhelos y fantasías amorosas. Era parte de una larga investigación sobre la dimensión luminosa del deseo que fui publicando a lo largo de

un par de décadas en varios libros. Cada nuevo libro fue multiplicando la cantidad de respuestas y la implicación sobre todo de mujeres en el desarrollo del proyecto, tan delirante como obsesivo.

Ahora, esta respuesta resultó tan radicalmente distinta a todas las demás que me obligó a mirar el lado oscuro del deseo. El de su compleja relación con el mal.

A diferencia de quienes todavía con relativa frecuencia me hacen llegar sus manuscritos o me cuentan cosas de su vida esperando alguna reacción de entusiasmo o por lo menos de interés en su persona, ésta no me daba ninguna pista para contactarla. Y mi curiosidad aumentaba con cada uno de sus envíos.

Los textos breves estaban escritos siempre en un cartón que en el reverso llevaba una imagen, un collage donde abundaban las serpientes. Una silueta aparecía siempre en ellos, en diferentes situaciones. Una silueta simple, de un rostro andrógino, indeterminado, observando la escena. No llegaron con una regularidad constante. Algunas veces pasó casi un año entre uno y otro. Los fui guardando desde el principio en una carpeta que, por ese primer texto, titulé de manera evidente *Los sueños de la serpiente*.

Los collages al reverso no eran menos inquietantes, variados y enigmáticos que los mensajes escritos. Despertaban mi curiosidad multiplicándola. Un doble halo de misterio emanaba de esos papeles y, por más que traté de seguir alguna pista, por algún tiempo todo parecía inútil. Me quedaba la elucubración como única herramienta y la imaginación como consuelo.

Al principio no tenía indicios seguros de su edad ni de su sexo. Sólo era evidente su perturbación, la efervescencia de su imaginación. Y algo en esa imaginación que la vinculaba poderosamente a mí por alguna razón que yo no alcanzaba a descifrar.

No pocas veces tuve miedo de que su delirio y esa fijación conmigo se volvieran agresivos y fueran peligrosos para quienes comparten mi vida, mis amigos, mi familia. Después de recibir cada “sueño” dediqué mucho más tiempo del que debía a pensar en lo que me contaba, en lo que podría significar y en averiguar un poco más de la persona que los enviaba. Algunas veces la pensaba como hombre y otras como mujer. Le ponía una edad u otra muy diferente. Comencé a acumular notas sobre esa persona. La llamé “Silueta”. Aunque sueño a sueño iba diciéndome implícitamente algo más de su personalidad y de sus obsesiones y temores, mi impaciencia y mi fantasía no hacían sino crecer.

Nunca imaginé entonces la dimensión que todo aquello tomaría. Ojalá me hubiera dado cuenta antes de que esta Silueta no se escondía de mí. Ella no sabía más de lo que me iba diciendo. Al enviarme sus textos estaba buscando su memoria, su identidad. La bruma que extendía hacia mí era todo lo que tenía, y en el acto de compartirla poco a poco fue construyéndose, reinventándose. Pero de eso me di cuenta mucho después.

Fue por casualidad que una de las ideas totalmente aventuradas que me venían a la mente resultó ser una clave verdadera y tener un vínculo más profundo con aquellos sueños de procedencia tan

obscura. La idea de que esos mensajes y ese arte inusitados venían desde un encierro, un manicomio o una cárcel. O desde uno de esos encierros mentales con muros invisibles para los demás que pueden ser tan poderosos como las rejas.

Aunque al principio fui incapaz de darme cuenta plenamente, el puente imaginario que tendí entre dos realidades distantes fue dándole sentido a todo aquello y comenzó a desenredar levemente la madeja.



Como había con frecuencia algo atormentado en las imágenes creadas por La Silueta, pronto me hicieron pensar en los collages de terrible intensidad expresiva, fascinantes, que han hecho famosas a las prisioneras consideradas peligrosas de la cárcel mexicana de Santa Martha Acatitla. En un taller que el artista Luis Manuel Serrano conduce en esa prisión, un inesperado volcán creativo se ha dado a conocer desde hace algunos años.

Las internas, llamadas por el artista, en un juego de palabras, “Linternas”, logran mostrar algo radiante de su personalidad a pesar de estar en la penumbra del encierro, muchas veces víctimas de traiciones de sus hombres que las han hecho cómplices activas o pasivas de sus delitos y que no pocas veces las han entregado como prendas a cambio de su liberación. “A mí también —dice una de ellas— un hombre me llevó al baile”.

Serrano las hace hablar antes que nada de lo que sueñan, de quiénes son, de lo que anhelan, de lo

que temen, de lo que se arrepienten o incuban en el alma. Esperanzas y desesperanzas corren entre ellas. Luego les da tijeras, pegamento, una base de madera y revistas de todo tipo para recortar y tratar de decir con imágenes lo que dicen que sienten. Son revistas de arte, de viajes, de literatura, de reportajes periódicos, de crímenes, de historia. Predominan esas revistas que llaman femeninas y que están llenas de horribles por perfectamente bellos estereotipos de la mujer y del consumismo. Lujos lejanos, lenguajes corporales distantes, rostros no sólo maquillados en un estilo fijo, sino arreglados en computadora a la manera de moda en ese mundo. Fotografías comerciales que ellas recortan a su antojo, parten y recomponen dándoles sin pensarlo un sentido contrario al impulso en que fueron creadas. Con ese control sobre las imágenes comunes, ellas se apropian de herramientas inesperadas y adquieren el poder de mostrarse más allá de sus primeras palabras.

Los collages, con sus combinaciones sorprendidas, fruto tanto del azar como de lo más hondo del inconsciente, son de una fuerza inusitada. A través de ellos adquieren pronto también nuevas palabras y sobre todo nuevas ideas. Un vocabulario más apropiado para verse a sí mismas en la complejidad moral y en la complejidad vital que en sus cuerpos habita, late, desea. Cada una de ellas dice: “Yo no soy sólo lo que creen, lo que dicen”.

Incluso las que reconocen no ser inocentes del crimen que las llevó ahí, exigen no ser condenadas de manera absoluta hasta por sus familiares más cercanos. “Aquí una se da cuenta de que el amor no

existe, no como lo pensábamos antes. Ni siquiera el de la familia. Y yo no soy sólo eso que ven.”

Ser escuchadas y ser vistas es parte sustancial de su reclamo. Y más de ochocientas mujeres han pasado durante más de una década por ese taller. Los testimonios son siempre sorprendentes. Y las primeras asombradas son las presas mismas. “Cuando termino un collage —le confiesa una de ellas a Luis Manuel— me impresiono de descubrir lo que hay en mí. Me asusto. Pero también me ayuda a aceptarlo. No soy buena. Pero tampoco soy sólo mala. Está obscurito allá dentro. Pero me dejé engañar por promesas que me volvieron más obscura”.

En el taller, dice el artista, se entretajan y se vuelven relatos en imágenes casos de muy distinta gravedad. Desde una que está acusada y condenada varios años por robarse unos chocolates hasta una que asesinó al hombre que violó a sus hijas. Otra era violada por su padrastro con violencia y descubrió que su mamá era amante de su novio. Por eso, a ambos les cortó la cabeza. Esas historias, esos destinos trágicos afloran en los collages de muy distintas formas. Y los pedazos de papel pegados sobre madera se convierten para ellas en espacios de libertad inesperada.

Cuando fui invitado a visitarlas en el taller “Las Linternas”, una en especial llamó mi atención. Era una mujer de unos treinta años. De inteligencia alerta y muy desenvuelta. Se llamaba Rosaura. Nunca pregunté a las reclusas nada sobre sus casos y nunca supe por qué ella estaba ahí. Rosaura había escuchado con más atención que ninguna mi

conferencia y había entablado conversación conmigo desde el inicio de la sesión de preguntas.

Me preguntó primero cómo distinguía yo a una mujer bella, de verdad bella. Supuse que en su pregunta estaba vivo el interés por darme su opinión y mi respuesta fue preguntársela directamente. Su respuesta me pareció sorprendente: “La belleza es algo que nos brota desde ahí adentro donde nadie puede ver que somos felices y que ningún maquillaje puede ponernos en la cara si no lo tenemos en la noche que cada uno carga dentro del cuerpo. La fealdad lo mismo, se nota desde lejos, viene de muy adentro y no la tapa nada, ni un sombrero bien puesto. Ni esconderse detrás de las flores. Yo me paso un buen rato viendo a las otras. Me fijo cómo caminan, cómo hablan, cómo miran, cómo se portan con las más débiles y cómo son distintas con las más fuertes. Las bonitas de verdad son más parejas. Las feas caminan chueco, son arrastradas y se humillan con las de arriba y son bruscas con las de abajo. A las bonitas el viento les pega distinto, las peina, las acaricia. A las feas no hay sol que las caliente. Yo desde lejos veo a las bonitas y a las feas desde antes de poder mirarlas a los ojos. Y nunca me falla. Aunque traten de caerme bien. La que es fea, es fea por todos lados.”

Yo no alcanzaba a adivinar todavía por qué necesitaba decirme todo eso, ella, Rosaura, la más guapa del grupo, hasta que concluyó: “Y esa que usted dice que no es fea, la de la revista, pues yo ya la estuve checando por todas partes y no era fea. Sólo que no era como las modelitos de la tele. Si

hubiera ido al mismo doctor que ellas, capaz que le cortan la nariz igualita, le inflan los labios y hubiera quedado lista para ser bonita de relumbrón. Hasta muy bonita. Esos que le dicen fea, con los que usted se enoja, seguro ni saben en qué hay que fijarse. La belleza de fuera es como un rumor, un chisme. El que quiere creerla sin esperarse a ver si es cierta es un poco tonto de la cabeza. Es como quien cree en todo lo que le dicen y cualquiera lo engaña. Las bonitas de pasarela son como rumores que están por comprobarse. Por eso me gustó lo que escribió sobre esa Sylvia, la rusa. Medio gringa y medio rusa. Y a ella también el novio se la llevó al baile. Yo sé lo que se siente. Me pasó lo mismo y aquí estoy. Y el muy cabrón me había convencido de que yo era fea desde que me embaracé y que sólo él podía fijarse de verdad en mí. Yo sé lo que sintió ella, la Sylvia, y también me enojé muchísimo cuando lo leí. Como si usted me hubiera adivinado el pensamiento.”

En una de las revistas que cayeron en sus manos había leído por casualidad un artículo mío sobre una mujer cuya historia seguí por algún tiempo, Sylvia Ageloff. La estadounidense de origen ruso que, en un plan urdido por el servicio secreto de Stalin, fue seducida por más de dos años por el asesino de Trotsky para poder acercarse a él unos minutos y asesinarlo. En la revista conté esos dos años minuciosamente.

Yo comenzaba criticando el hecho de que siempre fuera descrita antes que nada como una mujer fea. Desde el más antiguo y muy completo reporte

policiaco de aquel asesinato escrito por el coronel Leandro Sánchez Salazar hasta la muy interesante novela reciente de mi amigo Leonardo Padura, basada con enorme fidelidad en aquel reporte, el juicio sobre la fealdad de Sylvia es abrumador. Es una condena aparentemente sólo estética que en su determinación llevaba un índice de desdén y de injusticia que para mí era claro e insultante. Nadie comienza describiendo a un hombre histórico por su poca belleza y ha habido algunos de verdad horribles por dentro y por fuera. La afirmación rotunda de la fealdad de Sylvia se convirtió para mí en síntoma de una actitud no sólo despreciativa de una mujer sino, por ahí, un juicio de incompreensión vital, a la vez político en el sentido más amplio del término. De política de la vida cotidiana. Además, no era fea. No era encarnación de una belleza de revista femenina, estereotípica y puesta en escena. Pero no era fea.

El lugar común condenatorio se va repitiendo y agrandando de libro en libro. Incluso quienes nunca la conocieron le reprochan hasta el olor de la piel, el mal aliento, el tono de su voz y estar demasiado delgada. Al “fea” van añadiendo además “desagradable”. El periodista José Ramón Garmabella, en su relato *El grito de Trotsky*, hasta se compadece de Mercader por la fealdad de Sylvia. “Lo único que debió costarle trabajo a Mercader/Mornard, si acaso, fue acostumbrarse a la presencia y fingirle amor a una mujer de apenas algo más de metro y medio de estatura, delgadez extrema, cara infestada de pecas, siempre desaliñada y, para colmo, miope al

grado de tener que usar lentes muy gruesos y con una voz chillona absolutamente desagradable que, encima, andando el tiempo, sería poseída por celos rayando lo enfermizo.”

En la prensa del día del asesinato de Trotsky ella es mencionada con certeza como cómplice. El jefe de policía Leandro Sánchez la consideraba culpable y no creyó el testimonio de los colaboradores de Trotsky ni el de Natalia Sedova, su esposa. “¿Cómo era posible que hubiera vivido tanto tiempo con Mornard sin ser su cómplice o por lo menos sin sospechar su propósito criminal?”

En las actas ministeriales, ahora publicadas, se ve cómo un agente del ministerio público ordenó detenerla considerándola parte del complot para cometer el asesinato. Un día primero de septiembre un juez la declaró culpable y dictó formal prisión para ambos. Sólo fue considerada inocente en segunda instancia y liberada ante la insistencia de Natalia, la viuda de Trotsky. Hay quienes dicen que Natalia Sedova incluso tuvo que hablar con el presidente Cárdenas para pedirle que tribunales y policías dejaran de acosar injustamente a Sylvia.

Rosaura, la creadora de collages desgarrados en la prisión de Santa Martha, la bella Rosaura acusada de fealdad por su hombre, traicionada e inculpada por culpa de su amado, se identificaba naturalmente con aquella otra víctima de una gran injusticia, Sylvia.





Fue entonces, gracias a los comentarios de Rosaura, cuando recordé que en una de las postales o sueños de La Silueta me había parecido ver el rostro de Sylvia en el collage, mezclado con el de otras mujeres. Lo busqué inmediatamente entre todos los *Sueños de la serpiente* de mi archivo. Y lo encontré. Sí, se parecía mucho a Sylvia Ageloff. La foto había sido intervenida y había perdido claridad, pero trazando en la imaginación la imagen completa detrás de otra surgía una de las fotografías de Sylvia en la comandancia de policía de la Ciudad de México que más han circulado en la prensa. Con una navaja muy fina despegué un poco la imagen que tenía encima su rostro y pude entonces verla claramente. Era ella sin duda. ¿Estaba ahí, en ese collage, por azar?

Tal vez cada una de las otras trece mujeres que aparecían en aquella escena tenían también historias dignas de contarse en revistas, en películas y novelas: historias como la de Sylvia. Y por eso habían llegado a manos de La Silueta. O tal vez el vínculo personal entre el autor de *Los sueños de la serpiente* y esas mujeres era menos azaroso de lo que podríamos pensar y en esa escena nos estaba contando en clave su vida. Algo tremendo de su vida.

Tal vez lo que yo tenía en las manos, ante mis ojos, era la vida de un hombre, o de una mujer, a través de trece mujeres determinantes. Podía buscar en las revistas de dónde venían esas imágenes, sus historias, y buscar de qué manera se cruzan unas y otras. Y ahí se caía mi hipótesis de la biografía en clave de una persona y sus trece mujeres. O se reducía drásticamente el rango de búsqueda. ¿Quién puede

mencionar a más de una persona cuyas mujeres clave sean más de diez y todas aparezcan en revistas? Mi hipótesis me parecía cada vez más absurda.

Claro que también está el hecho de que un rostro recortado de una revista puede representar, en la mente de quien hace el collage, a otro rostro que, de manera íntima, privada, hasta secreta, tal vez nunca fotografiada, sea de verdad importante en una vida.

Todo era elucubración desbordada. Suposiciones sin fundamento. Lo único seguro era el rostro de Sylvia Ageloff en aquella delirante entrada al infierno.

El collage era vertical, como una puerta. Mirarlo era entrar en un ámbito de sufrimiento. Recortes de periódicos y revistas de fechas y estilos muy distantes se mezclaban de manera que hacían pensar en un torbellino de emociones.

Una mujer rapada gritaba con rabia al frente y en la base de aquella escena literalmente dantesca. A su lado, del tamaño de su cabeza, una mano izquierda con una pistola. Otra arma, en medio de la composición, nos apunta de frente. Es como si saliera de la cabeza de un hombre con mirada diabólica. Sus ideas nos matan.

Enorme ternura entre mujeres se mezclaba con miradas agresivas de seres indeterminados. Unas mujeres se besan. Otras alimentan a un bebé y se tratan con cariño. Entre ambas parejas, un ser obnubilado, parecido al Che Guevara, fuma y hace gestos. Una revolución se interpone drásticamente como demonio patilludo entre ellas. Una cruz arde a su lado.

Alguien en el otro extremo tiene los ojos cerrados y un tercer ojo abierto en vez de boca. Otra boca femenina gritaba a la izquierda. El rostro de algo como un demonio arrabiado, enseñando los dientes, con cuernos relucientes y llenos de espinas, reina en esa composición cargada de figuras escalofriantes y bellas, fragmentarias y sin embargo siempre expresivas.

Nada era seguro en la lectura posible de la escena. Nada era sólo lo que parecía en aquella obra donde una persona detrás de unas rejas se sostenía de los barrotes y con el rostro hacia abajo, escondido, nos comunicaba su desesperación, tal vez su llanto. La Silueta de siempre aparece tres veces. Primero arriba, a la izquierda, como una sombra de alguien que entra a una recámara o sale de ella. Luego más abajo, como alguien que camina hacia nosotros, con el rostro drásticamente borrado. Una tercera silueta, a la derecha, ligeramente inclinada, abre los brazos en cruz. Detrás, una pantalla o un muro o simplemente un horizonte abierto.

Muchas lecturas son posibles. Y son numerosos los casos de personas reclusas en manicomios y prisiones que sorpresivamente se reinventan pintando, dibujando y escribiendo sobre muros y papeles un fondo explosivo de su personalidad. Fenómeno apasionante y clave en esta historia, más allá de lo que yo podía entonces suponer.

En aquel momento me intrigaba sobre todo la presencia de Sylvia, discretamente situada entre otras dos mujeres que nos miran al pie de la cruz de fuego, detrás de la rapada que grita. Y no,

definitivamente ella no es fea ni desagradable. Todo lo contrario.

Tenía que buscar a Sylvia con más cuidado en los otros sueños de mi expediente. Por lo pronto, después de haber mirado con detenimiento esta puerta al infierno traté de encontrar en el texto que la acompañaba una clave más de su presencia.



Me despertaba un calor que iba en aumento. Sudaba y entre más cerca de mí sentía el origen del calor más claramente iban apareciendo ante mis ojos todas esas figuras.

En mi sueño, todo mundo sabía que las serpientes tienen un sexto sentido que las hace mirar, no por la luz sino por el calor de lo que miran. En ese sueño acalorado mis ojos eran ojos de serpiente. Y el calor dibujaba en mis pupilas un mundo. Mi mundo hacia atrás y hacia adelante al mismo tiempo. Yo reconocía personas importantes en mi vida pasada y otras que en ese momento no conocía pero que me miraban y me trataban con la misma familiaridad. Eran tal vez mis intimidades del futuro.

Algo delicado y poderoso a la vez, como una seda casi transparente sostenía en el aire todas aquellas figuras. Y una especie de animal sagrado que sólo yo lograba ver iba tejiendo esa tela. Me di cuenta de pronto de que era una telaraña y el animal invisible para los demás era el mal.

Yo lo conocía, sabía su nombre. Los demás creían que era una araña cualquiera, no una sagrada. Se

escondía dentro de todos nosotros, de nuestros cuerpos, de manera discreta. Estaba en brazos y piernas, en besos y gritos, en sueños y lujurias, en esperanzas violentas de cambiarlo todo y en armas cargadas y disparadas con el pretexto de hacerlo.

Entre mi pasado y mi futuro, que eran a la vez los tiempos de todos, el mal, ese animal con doce ojos banales y doce piernas banales y doce bocas banales tejía babeando una tensa especie de telaraña donde mis deseos de todo tipo iban quedando atrapados.



Aunque no encontré una referencia explícita a Sylvia en ese segundo sueño donde se enlazaban el deseo y el mal, y donde surgía poderoso el sexto sentido visionario de las serpientes, la mención de figuras aparecidas que habían pertenecido al pasado de La Silueta reforzaba mi intuición de que la cara melancólica de Sylvia no estaba ahí por azar. De alguna manera ella había sido significativa en su vida.

Era de pronto muy probable que para llegar a saber algo más sobre La Silueta tuviera que repasar con cuidado todo lo que yo tenía en mis archivos y en mis recuerdos sobre el universo de Sylvia Ageloff. Aunque, debo confesarlo, en ese momento todavía me intrigaba más la luz sobre Sylvia que La Silueta podría darme que la información sobre La Silueta. El misterio de ambas se me enredaba en la mente como serpientes amándose. Aunque la verdad todavía no

tenía ningún indicio que verdaderamente me dejara suponer la naturaleza de aquella relación.

Sólo faltaba que La Silueta también hubiera ofendido y despreciado a Sylvia, tan traicionada por su amante asesino, traicionada e incomprendida por los biógrafos y cronistas y hasta por los cineastas de ese asesinato histórico. En la película de Joseph Losey sobre el asesinato de Trotsky ella es interpretada por Rommy Schneider. Como si se necesitaran imperativamente bellezas más tradicionales para realzar su personaje trágico. Lo cierto es que esas bellezas le quitan densidad y fuerza. En la película *El elegido*, de Antonio Chavarrías, la representa Hannah Murray en una caracterización por primera vez más humana. Sin que logre sacarla totalmente del papel exclusivo de víctima pasiva. Que es mejor que el de cómplice ingenua, o el de belleza decorativa, por supuesto. Faltan todas las otras dimensiones de su deseo.

Me doy cuenta de que siempre, en todo lo que leo sobre ella, hace falta su grito, su versión. El silencio en el que se hundió me resultaba opresivo. Como un fantasma que regresa y regresa, los rasgos de La Silueta, los contornos y volúmenes de su rostro y de su voz irían creciendo en mí sobre los de Sylvia. Pero entre más me habitaba esa voz, más resistencia me ofrecían sus envíos. Más llenos de silencios sus papeles, más evidente mi desesperación. Como si todo lo que dibujaba en mi mente cada vez se desdibujara al abrir los ojos. Mis párpados cerrados eran la noche. Pero lo eran todavía más abiertos.

